

por excusar prolijidad de jo, refieren Eusebio Cesariense,<sup>7</sup> Lactancio y San Agustín,<sup>8</sup> y Luciano,<sup>9</sup> en el dialógo, que llamó *Júpiter*; y en otros diálogos, Tulio,<sup>10</sup> y Plinio,<sup>11</sup> y Theodoretó.<sup>12</sup>

CAPÍTULO XIV. *De los lugares donde ponían los antiguos estos animales que adoraban por dioses, y de la honra que se les hacia en sus obsequias y entierros*



STOS ANIMALES DICHS en el capítulo pasado, y otros muchos que por dioses adoraban los egipcios, los repartían y dividían por provincias y tierras distintas unas de otras, notando los más abundantes puestos y lugares donde mejor podían ser curados, mantenidos y regalados, según su especie y naturaleza; los cuales daban a cargo de personas de cuenta y principales, los cuales los pensaban y mantenían a costa de las repúblicas; y eran servidos y regalados en los patios de los templos, con toda vigilancia y cuidado; y por decirlo en una palabra, con la reverencia que pensaban serles debida por razón de ser sus dioses.

Quando por enfermedad o vejez algún animal de éstos moría, salábanlo y ungiánlo con unguentos preciosísimos, porque no se corrompiese, y luego lo envolvían en una muy blanca y delicada sábana, y con grandes aullidos y llantos, hiriéndose en los pechos, lo enterraban en lugares sagrados, como era en los patios de los templos. Cualquiera que a sabiendas, o con intención maliciosa, mataba alguno de estos animales, era muerto por ley del reino; y en especial si el animal era gato, porque entonces, no sólo moría por ello el matador, sino que todo el pueblo tenía licencia para apedrearlo, aunque fuese acaso y sin querer el haberlo muerto; y por temor de incurrir en esta ira y saña del pueblo, cuando alguno topaba algún gato muerto, parábase gran distancia y trecho de él, y comenzaba un lastimoso y lamentable llanto, en testimonio de su inocencia y de que no era comprendido en su muerte, ni sabía de ella. Cuenta Diodoro,<sup>1</sup> que acació en su presencia (por haber pasado en aquel tiempo a Egipto, que ya estaban romanos y egipcios confederados y podían tratar y contratar los unos con los otros), que cierto romano (que con esta licencia y confederación había venido con otros muchos) mató acaso un gato y como los egipcios lo viesan muerto, no acordándose de la amistad hecha y jurada con los dichos romanos, arremetieron al romano matador y lo hicieron pedazos, sin ser poderosos sus compañeros a defenderle, ni el poder de el rey para librarle de sus manos.

<sup>7</sup> Euseb. lib. 2. de Praepar. Evang. cap. 1.

<sup>8</sup> Div. Aug. lib. 2. de Civit. Dei cap. 22. et alib. Diod. lib. 1. cap. 2 et lib. 2. cap. 4.

<sup>9</sup> Lucianus Dialog. Júpiter in Trag.

<sup>10</sup> Cicer lib. 1. de Nat. Deorum.

<sup>11</sup> Plin. ubi supra.

<sup>12</sup> Theo, lib. 3. de Evang. Veritatis Cognitione.

<sup>1</sup> Diod. ubi supra.

Cuenta también, que habiéndose muerto un buey, de estos que por dioses eran tenidos, de propia enfermedad u demasiada vejez, en la ciudad de Menfis, metrópoli de todo Egipto (que ahora dicen ser el Cairo), un caballero, que tenía a cargo el sustentarlo y mantenerlo, lo enterró con la pompa y majestad que tenían de costumbre; para cuyo entierro y obsequias, no sólo se aprovechó del dinero que por parte de la república le fue dado; pero habiéndolo gastado todo pidió al rey Tolomeo prestados cincuenta talentos de plata, que para saber la gran suma de dineros que son hemos de advertir que los hubo de tres maneras; unos que pesaban ciento y veinte libras; otros setenta, y dos; y el que menos, cincuenta, lo cual, bien considerado, se verá por ello el excesivo gasto que se hacía; cuando estos cincuenta talentos no fuesen de los mayores ni medianos, sino de los más chicos, eran cincuenta veces cincuenta libras de plata; cuanto y más que no debieron de ser sino de los mayores, pues fueron pedidos a rey, que no había de dar, como hombre particular y escaso; y parece ser así, porque el mismo Diodoro (hombre que se precia de decir verdad en todo y va refiriendo estas cosas con recato y pies de plomo) encarece mucho el entierro que a este buey viejo se hizo y lo mucho que en él se gastó; y afirma que en su tiempo murieron algunos de aquellos animales y que se gastaron en sus obsequias y entierros, en el que menos, más de cien talentos.

Entre estos bestiales dioses que hemos referido, el que esta ciega gente más estimaba y tenía por mayor era el buey o toro, que en griego llaman Apis y en latín *taurus sacer*; éste no podía vivir más que el tiempo que le tenían limitado (por razón de que no se muriese de viejo); y luego que lo mataban echábanlo en una fuente que tenían, llamada de los sacerdotes, y en ella lo ahogaban y luego que era muerto, era muy honradamente enterrado, por cuya muerte todos se ponían luto y lo lloraban hasta que hallaban otro de su color y semejanza, el cual ponían en su lugar; este color (según San Agustín<sup>2</sup> y Plinio)<sup>3</sup> eran manchas blancas sembradas por el cuerpo, el cual hallado, celebrábanle su nacimiento, creyendo que no por caso humano, sino por providencia divina lo habían hallado; traíanlo a la ciudad, y cuando entraba por las calles de ella podían las mujeres verle (pero nunca más después de haber entrado), las cuales puestas en cierto paso y en renglera celebraban la venida de su nuevo dios. Este buey o toro era mantenido y sustentado con excesivos gastos y con manjares delicados; dábanle a comer cierto potaje antiquísimo, confecionado y hecho de harina, leche, queso, miel y huevos; y a vueltas, carnes de ánsares asadas y cocidas, con otra inmensidad de cosas de mucha estima y regalo.

<sup>2</sup> Div. Aug. lib. 18. de Civit. Dei cap. 5.

<sup>3</sup> Plin. lib. 8. cap. 46.